

A Julio y Rosa, padres de Julio,
padres también nuestros,
la gracia y la paz de JESUS, EL SEÑOR,
el HIJO AMADO del Padre, Único HERMANO MAYOR nuestro.

El otro día, cuando vino Julio a despedirme, sentía en el corazón la necesidad de marcharme a las misiones también. ¿No les pasa a ustedes lo mismo? Seguro que al acompañarme en su aventura a lo largo de estos años, como sacerdote, que tiene que ser padre, madre y hermano de mucha gente y sobre todo de los que tienen lágrimas en el rostro, a ustedes se les ha ensanchado el corazón. En lugar de perder un hijo, resulta que se les ha llenado la casa de gente. Y no solo de los que están cerca, sino también de los que están lejos. Y así hebra resonado en su corazón alguna pregunta, que hasta pueden quitar el sueño por la noche. ¿Quién les partirá el pan a la mesa? ¿Quién les reunirá con la palabra de

2

la vida? ¿quien les abrirá camino en las bre-
llas de la esperanza? ¿quien les dará a Jesús
No es El, la Esperanza, toda la Esperanza, la única
esperanza, la última esperanza, el ungiendo? ¿o
les ayudará a curar las heridas? ¿quien les
ayudará a abrir los ojos? ¿quien les sugerirá
los caminos de la justicia? ¿A donde dormiran
esta noche? ¿A quien podran dirigir la mirada
Es verdad, todos los amigos de Jesús, tienen
que sentir la necesidad de atravesar la
tierra y llegar a los islotes blancos, que nunca
oymos hablar de El.

Resulta que ustedes pusieron a Julio en manos
de Jesús y ahora es Jesús, por el camino de
Julio, el que les para ^{a ustedes} a sus mismas manos
heridas y encendidas, para hacer la tra-
vesía de la tierra. Nosotros, no podemos
quedarnos aquí. Desde aquí tenemos que
estar y caminar allí con El, con paciencia
los latidos, los faros, los instrumentos y
los alegrías de la misión. Tendrán que

comparse un mapa de América Latina, señale la tierra de Nicaragua y la señal que donde irá Jesús con él y sus compañeros, en ciudades el evangelio a los pobres, la liberación a los oprimidos y a los afligidos el consejo.

Estemos muy cerca. Cuando nos sentemos a la mesa del Señor, memorial de su Pasión, estemos sentados en la misma mesa, que hace como 7 siglos. Solo hay una eucaristía. Un pan y una copa única. Allí nos hacemos cuerpo uno de otros al entrar en el cuerpo del Señor. Los hermanos que Jesús confió a Julio son compañeros de nuestra misma mesa. Pues, si es así, cada día con nuestra oración sencilla, estemos allí; cada día con nuestros dolores, estemos allí. Y hasta tendremos que cambiar de vida aquí nosotros al experimentador que aquellos hermanos son nuestros hijos, carne de nuestra carne; Apasionante aventura!

No podemos despedirnos. Hasta mañana en el altar. Reciben un fuerte abrazo de este hermano. que les ha regalado el Señor.

Marcelino.